

Líbano entre dos fuegos

Carlos LARRÍNAGA

Historiador y politólogo. Catedrático de Universidad

Hace ya unos cuantos años que el ex futbolista inglés Gary Lineker acuñó aquella célebre frase que decía que “el fútbol es un deporte de once contra once en donde siempre ganan los alemanes”. Pues bien, de las relaciones internacionales podríamos decir que son un juego de intereses en el siempre gana Israel. Eso sí, con la inestimable ayuda de Estados Unidos. Algo que se lo ha recordado recientemente Donald Trump a Benjamín Netanyahu con motivo de la firma del memorando de entendimiento con Irán. Muy crudamente, pero con razón, le espetó que, si no fuera por Washington, Israel no existiría. Incluso, el magnate neoyorquino se ha autoproclamado como el mejor presidente de... ¡Israel! Puede ser una “boutade” más de este ególatra patológico, pero cuando el vicepresidente J.D. Vance ha señalado recientemente que dos tercios del armamento defensivo que ha protegido a Israel durante los últimos meses han sido fabricados en Estados Unidos y financiados por los contribuyentes estadounidenses, la percepción cambia. En un momento en que los servicios socio-sanitarios de aquel país no atraviesan por sus mejores momentos por los recortes, la Casa Blanca no tiene empacho en sostener a Israel, aun a costa del bienestar de los propios ciudadanos norteamericanos.

Evidentemente, esta trifulca diplomática ha emergido por las resistencias del ejecutivo israelí a apoyar el mencionado memorando, debido a que éste implica el fin de la contienda en **todos** los frentes, incluido el libanés. Aun cuando las autoridades israelíes no están dispuestas a abandonar el sur del Líbano mientras Hezbolá siga armada y tenga capacidad de atacar las aldeas del norte de Israel. Para Irán, no obstante, este escenario es clave en tanto en cuanto el Partido de Dios es un aliado fiel al régimen de los ayatolás. En consecuencia, la pregunta que los analistas se han hecho es si Trump será capaz de contener a Bibi. Aunque para responder a esta cuestión, hay que tener en cuenta otro elemento clave: el acuerdo marco de paz firmado entre Israel y Líbano en Washington el pasado 26 de junio con la anuencia de los Estado Unidos.

Como Líbano no reconoce al Estado de Israel, las conversaciones se han desarrollado en suelo americano y este pacto se debe entender como un contrapunto al memorando, razón por la que ha sido tan criticado por Irán y la población chiita libanesa, que, al conocerlo, se echó a las calles de Beirut en señal de protesta. Tanto el presidente del parlamento, chií, como Hezbolá lo rechazan, acusando esta organización al gobierno libanés de haber entregado la soberanía de la nación. No parece que estén dispuestos a vincular la retirada de Israel con la entrega de sus arsenales. Así, el concierto recoge el repliegue de las tropas israelíes por fases, pero sin establecer un calendario fijo. Al contrario, queda supeditado al desarme del Partido de Dios, lo cual es una baza para Netanyahu, consciente de que el ejército libanés hoy por hoy no está en condiciones de llevar a cabo semejante cometido. Asimismo, se consiente que los soldados israelíes continúen en la denominada franja de seguridad, prácticamente una quinta parte del Líbano, además de dejar intacta su libertad de atacar si lo consideran necesario. Esto, tratándose de Israel, sabemos perfectamente lo que significa: arrasar como en Gaza, tal como lo han manifestado en distintas ocasiones varios miembros del gabinete israelí. Desde el 2 de marzo Israel ha asesinado a más de 4.300 personas y provocado una auténtica catástrofe humanitaria con sus desplazamientos forzosos. Tel Aviv sabe que, con este arreglo, tiene la sartén por el mango en el Líbano y siempre puede apelar a él en medio de las negociaciones entre Estados Unidos e Irán. Ahora

habrá que ver cuál es la actitud de Teherán y si los iraníes se sienten engañados otra vez por Trump.

En cualquier caso, no debemos olvidar que Líbano es un mosaico de culturas y religiones en el que intervienen numerosas potencias extranjeras. Desde Siria o Irán patrocinando a los chiíes, Arabia a los suníes o Francia a los cristianos, por ejemplo. De ahí que, cuando finalizó la guerra civil en 1990, la nueva constitución contemplara la representación de **todas** estas minorías. Con muchas dificultades, es verdad, desde entonces se ha mantenido la paz interna y se ha construido una democracia muy imperfecta que da voz a dichas facciones. Las sucesivas retiradas de las tropas sirias e israelíes contribuyeron, sin duda, a una mayor independencia, que, no obstante, se ha visto alterada, fundamentalmente, por la pugna entre Hezbolá e Israel, con el telón de fondo de la situación en Palestina. En este contexto es como debemos entender la división que ha generado en la sociedad libanesa esta avenencia con Israel. Aquellos sectores que respaldan la decisión de haber logrado un compromiso con Tel Aviv piensan que así podrá disminuir la influencia que mantiene Irán a través del Partido de Dios. Los chiitas, lo he indicado arriba, lo han desacreditado duramente por no implicar la salida inmediata de los uniformados israelíes y porque va en contra del memorando. Resultado final: Líbano entre dos fuegos.

7 de julio de 2026

Publicado en *El Diario Vasco*, 20 de julio de 2026, p. 15